

Mi Belleza (La meva bellesa), d'Octavi Fullat

(Editorial Angle)

(Presentación del libro de Octavi Fullat, a cargo de Antoni Cisteró, en el Ateneu Cultural “Josep Taverna”, de Alforja —Baix Camp—, el día 30 de julio de 2010)

Me encuentro delante de un compromiso que asumo muy gustoso aunque asome el miedo. He asistido a dos presentaciones de alto nivel de este libro: la de Josep Cuní en el Col·legi de Doctors i Llicenciats de Catalunya, en Barcelona, y la de Josep M^a Martí en Reus. Dos maestros del periodismo que han dicho tantas cosas y tan bien dichas que yo, sinceramente, ignoro qué más pueda aportar. Pero Octavi me lo pidió y debo darle satisfacción, considerándolo además un gran honor. ¿De qué os hablaré? Sólo empezar topo ya con un problema de definición, de aquellos que tanto complacen a Octavi. Así que comienzo por aquí.

Mi Belleza ¿qué es?. ¿Una colección de recuerdos?, ¿una compilación de parajes turísticos?, ¿acaso un acopio de recomendaciones gastronómicas?, ¿por ventura una catarsis lograda a base de desembuchar malos humores? Quizá sea así, pero es igualmente muchas cosas más. La contraportada asegura que se trata de unas memorias. A fin de dar cuenta de tal extremo me valdré de la lengua griega siguiendo el estilo de Octavi. El vocablo *memoria* en griego dispuso de dos significantes: *Mneme* y *Anamnesis*. El significado del primero señala a la capacidad de archivar impresiones y datos para poder luego recuperarlos como recuerdos a medida que tenemos necesidad de ellos. La *anamnesis* tanto en Platón como en Aristóteles como también en Freud constituye el acto voluntario por el que laboramos en la pesquisa de reminiscencias por poco olvidadas ya. La *anamnesis* implica esfuerzo y fatiga. Hay que arrancarle al cerebro lo que guarda escondido y oculto.

Octavi Fullat ha dedicado sus 82 años —por cierto bien llevados— a colmar el almacén de su cerebro, correctamente estructurado, con vivencias, citas, ideas, recuerdos, amigos, conocidos y también simplemente saludados. Una *mneme* cabal. Ha llevado a cabo esta tarea teniendo como carta de navegar su libertad; término, éste, que proporciona el título del primer libro de la trilogía de memorias que suman más de mil

páginas. Su libertad la ha pagado a veces cara, pero jamás ha renunciado a ella permitiéndole, esto, enriquecerse *tous azimuts* como dicen los franceses. Basta una ojeada al libro para caer en la cuenta que el autor acumula saberes y reflexiones admirables. Asimismo el texto constituye un acervo inagotable de informaciones sobre cuestiones que a primera vista pueden parecer menores: lugares recónditos, menús que hacen la boca agua, recuerdos de anécdotas y de sensaciones y, desde luego, citas y citas de autores privilegiados. No se ha cerrado a nada, excepto, como él confiesa, a la estupidez.

¿Para qué tan intensa actividad de pesquisa e indagación persiguiendo conocimientos y experiencias? Sencillamente: ha decidido legitimar su biografía buscando la verdad allí donde ésta parece morar. Al fin y al cabo, el segundo volumen de memorias lleva como título *Mi Verdad*. Fullat ha querido inteligir al mundo, faena no sólo ingente sino incluso utópica. Su obsesión tanto para comprender como para hacer comprender a los demás es inextinguible. Pretende desvelar nada menos que el misterio mismo de la existencia, misterio que cuanto más profundiza en él, más se le escapa, y contra el cual llega a rebelarse, especialmente después del óbito de su hermana Maria. Con frecuencia el hecho de disfrutar de una vista clarividente lleva consigo tormento. Escribe en la página 39 de la edición catalana: “Me fatigo, Maria, de ver como se pudren las cosas”. Se trata de la mirada de un varón lúcido que ha buscado sin falta a la verdad y a la belleza llevando a cabo esta labor de la mano de la libertad. Verdad, belleza y libertad son los tres pilares que sostienen su edificio biográfico. En un mundo feo, malvado y estulto ha considerado pertinente rebelarse contra él y protegerse del mismo. ¿Cómo ha logrado defenderse? colocando la barrera de la ironía, seleccionando amistades y procurándose un entorno propicio, de aire epicúreo. Nos dice en la página 49 de la edición catalana: “Se hace tarde en mi vida. Me consolé mordiendo una enchilada que resultó sabrosísima”. Sigue al pie de la letra la divisa de Simone de Beauvoir: “*Si je vis... il faut avoir la vie la plus belle*”.

Podemos estar de acuerdo con de Beauvoir. Puesto que hay que vivir, vivamos bien. Pero, ¿qué significa vivir bien? De entrada quiere decir estar de acuerdo con uno mismo. Y estar, de igual modo, de acuerdo con la circunstancia, con el entorno; aceptarlo porque al fin y al cabo hemos sido nosotros quienes lo hemos elegido. Pues, bien; Octavi lo ha elegido bello. No nos engañemos; por mucho que escribamos citas sabias en el espejo empañado por el aliento de nuestro anhelo, cuando éste se disipe

encontraremos sólo nuestro rostro solitario. Y es muy gratificante ver que este rostro sonrío complacido.

No entro ahora —lo han hecho ya los maestros antes citados— en el detalle de lo que nuestro amigo entiende y describe como belleza. Únicamente traeré su definición de arte —vehículo de la hermosura—; lo delimita así: el arte es un esfuerzo para escapar de la mierda de existir. Lo sostiene él, para quien dicha evasión consiste en conocimiento, interpretación y toma de conciencia. Octavi puede recorrer el Partenón, contemplar la Venus de Milo, extasiarse delante de *La Casciata* de Masaccio en Florencia o presenciar la *Antígona* de Sófocles y, paralelamente, puede estar dispuesto a degustar “*Salambô de fois gras de canard et truffes noires aux pointes d’asperges du Lubéron*” regado con un vino de *Lutry* en el restaurante de Philippe Rochat, que luce tres estrellas Michelin. Igualmente puede recrearse, ¿por qué no?, ante la visión paradisíaca de unos senos femeninos y el olor de un insinuante perfume. Todo ello está ubicado y a buen resguardo en su cerebro privilegiado.

Pero, Octavi a pesar de su avidez por conocer y de su absorción de sentimientos acusa un choque escalofriante con la muerte de su hermana Maria, óbito que le deja al desnudo a la vista de su muerte cercana. El fallecimiento de Maria marca un antes y un después en su trayectoria. No se trata de una circunstancia más en su vida fecunda, sino que es cuestión de un sentimiento profundo, insondable, que en adelante lo abarcará todo. En el espejo de la soledad ve reflejado su propio final y así lo reconoce abiertamente. Su término y remate pasa a ser nuevo hontanar de lucidez como también un apremio que regala a los demás. Escribe en la página 205 de la versión catalana: “Lo mejor que ha hecho la humanidad, Antonieta, es guardar con vida a los seres queridos mediante las palabras”. Está decidido a que el recuerdo prosiga vivo. Esto da cuenta, particularmente en este tercer libro de memorias, de la forma como se refiere a Maria. Fragmentos hay que estremecen por su sensibilidad. Se expresa de la siguiente guisa en la página 143: “Hemos dejado de compartir el mismo cielo. Me traspasa un dolor como una nota prolongada de contrabajo... Entró una dama lívida y vestida de negro. La muerte, finalmente, la visitó. Hasta nunca. La busco y no está”.

Al lado de intimidades recónditas dejadas al descubierto como la recién traída, es preciso colocar en el activo de Octavi un centenar largo de libros académicos, amén de clases, conferencias, charlas, artículos... con los cuales nos ha entregado su riqueza.

Cuanto ha significado para la pedagogía y para la filosofía lo ha colocado a disposición de todos, incluidos sus amigos, que hemos gozado y seguimos gozando de su magisterio.

Lo que destaca en Octavi es su categoría de maestro y de pedagogo. El acto de *anamnesis* cuando es público lo realiza de pie, gesticulando con elegancia. Se sirve de la *mneme* en beneficio propio, sin duda, pero sobre todo en provecho de quienes le rodean. Nos saca del pozo a fin de mostrarnos críticamente al mundo. ¿Cómo lo lleva a cabo? valiéndose de la provocación. Trenza los hilos de sus conocimientos en torno a arte, filosofía, sociedad, con otros hilos surgidos de amistades célebres o simplemente cercanas, aderezándolo todo con sabrosas referencias culinarias, oníricas o sencillamente con aventuras eróticas. Anuda la totalidad con reflexiones, más estimulantes que la cita de un clásico. Con la trenza así formada, con cuerda tan sólida, nos aúpa y sostiene ante las sacudidas que producen su provocación y agujijoneo. Desprovisto de estas púas y acicates no lograría su objetivo, que no es otro que transmitir su pensamiento, el cual no pasaría sin esta particular estimulación. La acción incitante, la curiosidad despertada por un aserto inesperado, fuerzan a que el lector alcance su criterio propio. Provocación, contraste, incluso a veces la *boutade*, obligan a tomar posición, a opinar y hasta, faltaba más, a discrepar. Este gran don didáctico, táctico, lo pone a disposición de todos.

Del libro *Mi Belleza* pueden realizarse lecturas diversas. De principio a fin, de un tirón, con sobresaltos constantes. O bien por temas: pintura, escultura, arquitectura, literatura, música, ballet... También resulta posible extraer fragmentos que conformarían una guía turística que nos acercaría a los parajes más remotos del planeta; no faltan fragmentos que son recomendaciones gastronómicas que superarían a la misma Guía Michelin. Los recuerdos, los aforismos, las citas de personajes célebres y de personas más cercanas como algunos que nos hallamos hoy aquí, constituyen otras tantas maneas de su *modus operandi*, o modo de proceder, para alcanzar su propósito: que cada quien piense por su cuenta.

Lo más importante de estas tres obras de memorias, según estimo, es dejarse arrastrar por la cuerda que el astuto Octavi ha trenzado a fin de que cada cual sea sí mismo, sea un ensimismado y no un alterado. Débese procurar, no obstante, que la perplejidad que causan anécdotas y comentarios suyos no produzcan juicios prematuros

e irreflexivos. Gracias a las sacudidas que Octavi —pedagogo hasta la médula— suscita en cada página los lectores nos vemos compelidos a tomar partido, a estar, o no, de acuerdo con él, y de tal guisa poco a poco levantaremos nuestra propia verdad, nuestro sentido de la belleza y, con ellas, nuestra insoslayable libertad.